

Los poetas lo saben: la vida es un suspiro, pero la fe puede darle un sentido

Un fragmento del prólogo de Julián Carrón al nuevo libro editado por BUR Rizzoli con una selección de textos de Luigi Giussani. Publicado en el *Corriere della Sera* el 17 de junio de 2018

La fugacidad de la vida, la caducidad del hombre, es uno de los temas recurrentes en la reflexión y en la poesía de todos los tiempos. En la <i>Ilíada</i> de Homero podemos leer: «Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una generación humana nace y otra perece».

Es difícil que el hombre, cada uno de nosotros, aun dentro de la distracción en la que pueden acabar sus días, pueda escapar en algún momento de esta experiencia elemental de la vida. Israel no fue una excepción.

Dice Isaías: «Toda carne es hierba y su belleza como flor campestre: se agosta la hierba, se marchita la flor [...]. Sí, el pueblo es como la hierba, que se agosta y se marchita». Y el Salmo 90 insiste: «Mil años en tu presencia son un ayer que pasó, una vela nocturna. [...] Son como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca».

Es tan común esta experiencia de nulidad y de fragilidad, observa Giussani, que representa, de hecho, «el primer sentimiento, el primer pensamiento reflejo que el hombre puede tener sobre sí mismo. Somos como hojas al viento». Ni siquiera las relaciones entre los hombres escapan a este sentido de inconsistencia última, pues, de hecho, «tienen el sello de esta fragilidad inconmensurable; todo huye mientras lo estrechas, todo te dice adiós».

Pero a un observador atento como don Giussani no se le escapa algo que es irreductible y que se sustrae a esta caducidad. Por ello abre un resquicio a la esperanza: «Y sin embargo, dentro de esta nulidad [...], dentro de esta fragilidad inconmensurable, dentro de esta contingencia triste, melancólica, la quilla de nuestra nave, dice el poeta español Juan Ramón Jiménez, “ha tropezado, allá en el fondo, / con algo grande”». Este algo grande es el sentido del destino, más fuerte que nuestra fragilidad. En esta perspectiva, «el hombre es ese nivel de la naturaleza en el que esta percibe el destino, percibe que tiene un destino». Pero si esta conciencia, «si lo que hemos percibido no se deshace como levadura que fermenta la masa, si no cobra vida y se desarrolla como un organismo, se nos queda dentro como una bola de plomo, [...] un cuerpo extraño dentro de nuestra vida que ya no sirve como baricentro, como centro de gravedad».

Por tanto, no basta con haber advertido el impacto de algo grande para que esto se convierta mecánicamente en el centro de gravedad del yo. Es necesario que nuestra vida «experimente el temblor del ideal, sea traspasada por él, se vea vencida en última instancia por el ideal y por tanto esté determinada por él». No es suficiente con lo que ya sabemos, y lo constatamos en cuanto observamos las consecuencias de esta actitud: «Damos por descontado que el ideal existe porque creemos en él, porque lo recordamos de vez en cuando, pero todo el tejido de nuestra existencia está como desprovisto de él. De este modo, el nivel dramático de la vida, que consiste en identificar una conveniencia humana en todos los campos y en todos los sentidos, tal como la percibimos de forma natural, no encuentra paz y, en última instancia, no tiene alegría». Para Giussani no se halla paz porque falta «la seguridad de aquello por lo que uno hace y vive todo». Y no existe alegría interior porque «la felicidad futura, que nos espera al final, no se refleja ya de forma anticipada en el presente».

Hemos de admitir que nos cuesta sobremanera «acoger el ideal en términos de conveniencia humana» por el miedo a perder algo. Para Giussani es todo lo contrario: «Fijaos que acoger el ideal de por sí no implica dejar nada de lo que compone nuestro vestido humano, sino que es una revolución pacífica y dichosa, que se produce en el sujeto mismo que hace las cosas, desde dentro de nosotros mismos».

¿Qué debe suceder para que la conciencia del destino penetre en el tejido de nuestra existencia? Se trata de un desafío, pues en el contexto actual, «para la mayoría de la gente, Dios puede ser una palabra respetable, pero no tiene nexo alguno con la vida (como mucho, es una idea que da miedo). El clima cultural de hoy hace de todo por nublar este nexo, por eliminarlo, teniendo éxito en su intento».

Pero entonces, es necesario descubrir «cómo avivar este centro de gravedad –que, en caso contrario, quedaría como plomo dentro de nosotros, como un cuerpo extraño y sin nexo con la vida–, cómo integrarlo orgánicamente para que sirva para una construcción humana».

Giussani no tiene ninguna duda sobre qué es lo que puede reavivar este centro de gravedad: «Cristo es el encuentro que puede volver orgánico el sentido del destino». El destino, eso que los hombres de todos los tiempos han llamado “Dios”, «es algo que ha sucedido en el mundo. ¡Fijaos, es algo que ha sucedido, es Uno que ha venido, se llama Cristo!». Para que podamos comprender la gracia que supone para el hombre encontrarse con Cristo, Giussani nos invita a mirar a una figura evangélica que nos resulta familiar: «Zaqueo era el jefe de la mafia, era uno de los capos de la camorra, era un rey de la violencia, era uno de esos pocos ricos que había, era un hombre señalado por los escribas y por los fariseos como el emblema de la deshonestidad». A pesar de esto, continúa Giussani, «Zaqueo tenía gran curiosidad por ver quién era ese individuo del que tanto hablaba la gente. Entonces se sube a un sicomoro para poder verlo mientras pasa. Se acerca una muchedumbre. Cristo se halla en medio, y cuando se acerca a ese árbol se detiene y le mira: “Zaqueo, baja enseguida, que tengo que ir a tu casa”. Imaginad los pensamientos de los honestos que le rodeaban para pillarle en un renuncio. “Viendo aquello, todos murmuraban: ‘Ha entrado a comer en casa de un pecador’. Pero Zaqueo se levantó y dijo al Señor: ‘Señor, entrego la mitad de mis bienes a los pobres, y si he robado a alguien le devolveré cuatro veces más’. Jesús le respondió: ‘Hoy ha entrado la salvación en esta casa, porque también este es hijo de Abrahán; el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido’»).

El Evangelio no es un relato del pasado; de hecho, para Giussani es un relato que habla de nosotros: Cristo ha venido para nosotros, que somos «nada y pecadores»; ha venido para mí, que soy «nada y pecador. Me ha llamado por mi nombre, te ha llamado por tu nombre. [...] En el mundo que se mueve y discurre en la historia, en el tiempo que pasa, existe una presencia que nadie podrá extirpar jamás, que ningún poder podrá hacer callar, y que alcanza al hombre al que el Padre elige y pone en las manos de Cristo. Cristo es el encuentro que puede volver orgánico el sentido del destino, es aquel que puede redimir el sentido de la nada y del pecado», como nos recuerda el Evangelio: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Es el encuentro lo que hace fácil la experiencia de una familiaridad con el destino, hasta llegar a impregnar toda la vida de una novedad única y cualquier relación de una densidad desconocida hasta entonces.